

ERITHREA.—VISTA GENERAL DE ADI-CALÉ. — Reproducción de fotografía del P. Comini de Asmara (Erithrea), enviada por el reverendo P. Baeteman. (Pág. 209)

LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

I



ESDE el día eternamente alegre y eternamente inolvidable en que al mandato creador de la divina palabra de Jesucristo, como el sol en el Oriente, brotando deslumbradora en medio de la lenta y luctuosa noche del Paganismo, apareció la Iglesia de Dios en el mundo; la Caridad, hija del cielo, que no tenía nombre ni aun en los mismos

pomposos idiomas de los Demóstenes y Cicerones, asentó sus reales en cuanto es grande la tierra y alumbró el sol; y poderoso, inaudito, creador, proclamando por primera vez la fraternidad de todos los hombres, resonó del uno al otro confín del mundo, aquel divino pregón, que si han tratado de parodiar la hipocresía y hasta la impiedad, sólo pudo llegar más que al oído al corazón humano, saliendo de los labios de un Dios: «Amarás á tu prójimo como á ti mismo...» (1).

Desde ese instante, como si Jesucristo, dejándole El mismo el rostro, hubiese cambiado el corazón del hombre, tras del espectáculo odiosamente secular, del pueblo rey de las gentes corriendo gozoso al circo de los Nerones y Vespasianos, á aplaudir hasta por las manos de sus vírgenes y matronas, la dolorosa agonía de millares y millares de vencidos ó gladiadores, que morían

sólo para divertirle: aquí y allá, de todos los rincones de la tierra, en donde quiera que se alzó una cruz, la humanidad, á un tiempo espantada y gozosa, vió correr al sacrificio y á la muerte por tropeles á hombres y mujeres, y vírgenes y hasta niños, sólo para llevar un consuelo al desgraciado que no conocían, ó una luz al pagano ó salvaje que les odiaba!... ¡y el mundo trocado—por decirlo así—en el inmenso circo de Jesucristo, presenció maravillado el inaudito espectáculo de que las víctimas muriesen bendiciendo á sus propios verdugos más que al pecho de sus madres, gozosos de haber podido enjugar siquiera una de las lágrimas de sus mismos matadores con un auxilio ó un consuelo, ó alumbrando una siquiera de sus dudas y sombras con una palabra ó promesa divina en nombre de Jesucristo!

Por eso la Iglesia, heredera y á la vez representante de Jesucristo en la tierra, devorada, más que la madre del mundo por el de su hijo enfermito, por el amor de las almas que ha recibido á su cuidado empapadas en la sangre de su Dios, en busca de ellas corre anhelante del Oriente al Septentrión, surca todos los mares, recorre todos los continentes, explora todas las islas, escudriña todos los bosques; y ya que sus ojos y más sus afanes maternos no alcanzan siempre á llegar á todos los rincones de la tierra, donde puede ocultarse una alma huérfana de Jesucristo; ella, la Iglesia, no contenta de fomentar con todo su amor, sus socorros y

(1) S. Mateo, XIX.

AÑO XVII.—NÚM. 342

bendiciones toda asociación que, como la Obra de la Propagación de la Fe, va á la vanguardia de su pacífica pero grandiosa cruzada; no se cansa de encomendar á las oraciones de todos sus hijos, la conversión de los infieles, como si hiciese falta á su corazón de madre la seguridad de que no hay una sola alma en el mundo, por la que ella no haga todo lo que está á sus alcances para abrirlle las puertas del cielo y arrojarla en los brazos de Jesucristo!

II

¿Qué ha hecho, qué hace la Obra de la Propagación de la Fe para la gloria de Jesucristo?

¡Ah! todo lo que es, todo lo que ha hecho, todo lo que ansía hacer, todo, es principalmente para la gloria de Jesucristo. La gloria de Jesucristo fué su origen, es su intento, será siempre su fin; y cuando acaso tras de siglos de martirios y afanes y conquistas, se trate de compendiar toda su historia, bastarán para ello estas pocas pero sublimes palabras: ¡la gloria de Jesucristo!... Si trabajó y trabaja por las almas, si trabajó y trabaja por la Iglesia, si trabajó y trabaja por la civilización, sobre las almas, sobre la Iglesia, sobre la civilización; ella, como los viajeros nocturnos la antorcha sobre la frente, para iluminar el camino, puso ayer y pone hoy, ¡la gloria de Jesucristo!

Por eso, ayer no más, cuando tras de sacrificios que no tienen nombre y de dificultades que no tienen número, logró al fin, como el mar sus aguas por el ancha playa, derramar sus falanges de misioneros por todo el mundo: al enviarlos á las regiones que son la cuna del sol, y á las que le ven morir en su tumba de nubes, al mostrarles lo mismo los desiertos ardientes del Africa que las lejanas islas de la desconocida Oceanía... antes que los centavos de la limosna para comprar un mendrugo, antes que el miserable hatillo que encerraba todo su patrimonio, puso en las manos de cada uno de ellos, como arma, como bandera, y riqueza y guía... ¡un crucifijo! que ellos, sus misioneros, fueran á mostrar á todos los pueblos y todas las razas, clavándolo después en medio de las naciones que evangelizaban, como la bandera de la libertad, la esperanza y la redención de todo el género humano!...

Así la Obra de la Propagación de la Fe, recordando con inmensa gratitud que un día Jesucristo asomó clavado en la cruz en la cima del monte, como para que al llegar al mundo todos los pasajeros de la vida, antes que á todo lo demás le viésemos por nosotros en el tormento y la vergüenza; ella, se propuso levantar el crucifijo sobre todas sus obras y todas sus conquistas, para que al ir al Africa ó Asia ó América ú Oceanía á responder con un pedazo de pan al grito del infeliz que tiene hambre, ó á romper las cadenas de los pueblos que gimen por la libertad, ó á llevarles luz á los que claman por el cielo, la mirada ó la palabra ó la bendición de agradecimiento de los socorridos, vayan primero como á besar los pies del divino Crucificado antes que llegar hasta el corazón del misionero; y se hagan así como notas del himno gigante, que en medio de regiones y desiertos donde no pone aún su planta la interesada civilización de los hombres, canta la Obra de la

Propagación de la Fe á la gloria de Jesucristo!...

Y si hoy en sus gigantescos proyectos de evangelización, acaricia como su más amada esperanza el poder pasear sus banderas triunfadoras por toda la tierra, derrocando á su paso los mil altares que á orillas del Ganges y en el corazón del Celeste Imperio se alzan aún á la superstición y la sensualidad; si no se da punto de reposo por arrancar á las tribus negras del Africa del cieno en que viven, para ponerlas en brazos de la Iglesia; si bajo el pabellón de la cruz navega á todas las regiones paganas para ir á sembrar en ellas, como el labrador sus granos en los surcos de la tierra, semillas de fe y caridad, para afrontar luego al cisma y la herejía, que aun tienen tronos en la misma Europa... ¡no le preguntéis qué intenta como último fin en todo ello!... cambiará el campo, la manera, el tiempo; pero no el fin, que hoy como ayer y como mañana, no es sino la gloria de Jesucristo!...

Mostradle si no una tribu salvaje, un pueblo pagano, una región donde pueda glorificar á Jesucristo; y será en vano que le habléis de mares tormentosos, de climas matadores, de tribus antropófagas, ¡en vano! Delante de la ira omnipotente de reyes y pueblos avenidos con su prostitución y su miseria; delante de caníbales que hacen de la carne humana el más delicioso de sus manjares, la Obra de la Propagación de la Fe, irá, hablará alto, levantará el crucifijo; y con tal que conquiste un pedacito más de tierra donde alzar otro altar á Jesucristo; con tal que haya un corazón más que le ame y una lengua más que le bendiga, no lo dudéis, ella afrontará todos los peligros, se gozará de todos los tormentos... y si los reyes, los pueblos y hasta los elementos salen confabulados á cavarle una tumba... ella, caerá, sí, vencida, no domada; pero al caer en el sepulcro clamará delante del cielo y de sus verdugos: «¡Gloria, eterna gloria á Jesucristo!...»

Esto en medio de las naciones paganas; pero á no venirmos ya estrecho el espacio de que disponemos, ¿qué no podríamos decir aún de la gloria que esta obra, destinada al parecer sólo al bien de los infieles, da á Jesucristo aun en medio de su misma Iglesia, poniendo la plegaria con que se la fomenta, en tantos labios que acaso la habían echado al olvido; encendiendo en tanto corazón la gratitud para con El, que con tan infinita generosidad le dió la fe que él invoca como un inmenso bien para tantos millones de infieles; ¡hasta despertando, en fin, remordimientos en tantas almas que invocan el reinado de Cristo en los paganos y no le dan entrada en ellas mismas...; pero es fuerza limitarse para decir algunas palabras siquiera acerca de los bienes sin número ni nombre que la Obra de la Propagación de la Fe asegura á sus socios y bienhechores.

III

¡Oh! ¿sabéis cómo paga la Obra de la Propagación de la Fe á sus socios la plegaria y el centavo semanal que les exige?...

Sin tener que desafiar las iras tremendas del océano, la insalubridad traicionera de matadores climas, la ferocidad como de fiera de los hombres aquéllos; sin que

abandonen el hogar, la familia y la patria; sin ponerles en el fiero caso de ver cara á cara á la muerte casi en cada instante de la vida: dales la indecible gloria de tener parte y señalada en las grandes conquistas de la fe y la gracia, en las que los trofeos son las almas relumbrantes con la sangre divina de Jesucristo, y los himnos de victoria no se confunden con los gemidos de dolor y desesperación de los vencidos; dales el mérito inefable de ser eficaces cooperadores en la pacífica y santificadora guerra que la Iglesia lleva á vastos imperios y hasta á razas enteras por arrancarlas de los brazos de un paganismo que pudre los cuerpos y embrutece las almas; dales, en fin, el inmenso consuelo de poder decirse con verdad muchas veces á sí mismos: «Si en este instante allá, bajo una tienda improvisada sobre un desierto del Africa, ó en una capilla hecha de palmeras en un bosque de una isla oceánica, y en mil lugares más del mundo pagano, un pobrecito infiel es bautizado, y un niño salvaje levanta las manitas al cielo clamando: «¡Padre nuestro, que estás en los cielos!» ó «¡Dios te salve, María...!» y un sacerdote católico rodeado de mesnadas de bárbaros les hace conocer á Jesucristo, ó levanta en el altar la Hostia sacrosanta... todo eso á mí se me debe en parte; en todo eso á mí me toca una parte: mi plegaria y centavo semanales me han hecho misionero de las almas, predicador del cielo, apóstol de Jesucristo!...»

¡Bendita Asociación que así hace de un centavo semanal mayor consolación para la vida y mayor riqueza para el cielo que los millones que la vanidad del hombre prodiga á diario para hacer ostentación ante el mundo de la pomposa soberbia de su nada!...

Y no es exageración; porque si pudierais seguir las transformaciones maravillosas que la Obra de la Propagación de la Fe da á vuestro centavo semanal, vosotros, contribuyentes dichosos de ella, ¿qué de maravillas no le veríais hacer?...

Porque él, vuestro centavo semanal unido á muchos otros de igual origen, él, cruzó el océano, fué á Europa, abrió ó sostuvo seminarios en que se forman y preparan los futuros misioneros de Jesucristo; él pagó el viaje de ellos al Africa ó al Asia ó la Oceanía, ó nuestra misma América; llegado á su destino final, él se trocó en el pan para el hambriento, en la escuela para el neófito, en el precio de rescate del cautivo ó de la compra de los futuros cristianos en el mercado; aquí levanta tiendas ó construye hogares que hacen conocer

la dulzura de la vida y el hogar cristianos á infelices que esparcidos por los bosques ó montañas parecen no tener sino los instintos y las pasiones groseras de la bestia; allá fabrica escuelas y talleres, donde protegidos por la imagen redentora de Jesús Crucificado, millares y millares de salvajes, aprenden con la ciencia divina de la Religión todo lo que puede ilustrar su inteligencia y hacer más fácil y fecunda su vida; más allá, en fin, levanta templos y altares que van á reemplazar más que en el suelo en que se alzan, en las almas de los paganos que los frecuentan, á los ídolos de antaño, las divinas imágenes de Jesús y María; y, para abreviar, vuestro centavo semanal se desprende de la tierra, y sube hasta el mismo trono de Dios en las almas de millares de niños bárbaros que mueren después de bautizados, y que sin la Obra no hubieran acaso llegado al cielo; en los misioneros en cuyas manos vuestro centavo semanal puso la palma del martirio; y en tantas otras almas para las que vuestra limosna ha sido á modo de escala para subir desde sus desiertos ó islas hasta la gloria; y llegado así hasta el trono de Dios en tan noble compañía, gozoso de haber contribuido á poblar el cielo de santos y de cristianos la tierra, cargado de los trofeos arrancados al infierno, ennoblecido con el brillo celestial del apostolado: vuestro centavo, mientras llega la hora de la eterna recompensa, pónese á implorar perpetuamente las misericordias de Dios sobre vosotros, vuestros hogares, vuestros negocios, sobre la patria mexicana y aun sobre el mundo entero!...

Una última vez, piadosos lectores, dad vuestro centavo y vuestra plegaria á la Obra de la Propagación de la Fe; dadlos para conservar y extender la obra de Dios en medio de millones y millones de almas huérfanas de la civilización y sobre todo de Jesucristo; dadlos para confundir á los enemigos de nuestra sacrosanta Religión con las grandes conquistas de nuestra fe; dadlos para la salvación de tantos y tantos infelices que acaso necesitan sólo de vuestra limosna para llegar á los brazos de Jesucristo; dadlos para aumentar entre los hombres el reinado de Dios; dadlos, para decirlo todo de un golpe, dadlos en nombre de la familia, de la patria y sobre todo de Jesucristo.

J. R. CARRIÓN, S. J.

(Del Mensajero del Sdo. Corazón, de Méjico).

CARTAS DE MISIONEROS

ASIA (BELÉN)

Aniversario de la proclamación de la Constitución de Turquía.—Los exámenes en nuestras escuelas.—Distribución de premios.

Belén, 4 Agosto 1909.

Las impresiones de los degüellos de la reacción preparada por el destronado Adul-Hamid, con el fin siniestro de afianzarse en el trono y mandar á paseo la «Joven Turquía,» han pasado á la historia, dejando

*

una página sangrienta que, unida á las muchas ya manchadas con sangre cristiana, será el juez severo que le presentará ante los ojos de la humanidad como el Nerón de los tiempos modernos; y por tanto la fermentación, aunque no ha cesado, con todo en la apariencia en estos países, fuera de algún caso aislado, la vida se presenta tranquila. El 23 del pasado mes, los jóvenes turcos de Belén solemnizaron con caprichosas iluminaciones, arcos de triunfo, etc., el fausto acontecimiento, disparando tiros, «corriendo la pólvora,» etc., cosa ha-

tual entre estas gentes que se entusiasman por poco, y á pesar de que muchos no están con ellos, por no ver los resultados prácticos de ese cambio de régimen, con todo se hacen solidarios de la algarada.

La nota saliente para la población latina de Belén, han sido los exámenes de los niños que frecuentan nuestras escuelas, verificados los días 15, 16 y 17 del pasado Julio: era cosa que llamaba la atención el ver los progresos que hacen y la facilidad sorprendente con que aprenden las lenguas europeas; es de notar que hay jóvenes que estudian á la vez el árabe, el francés, el inglés, italiano y español, y era de ver como respondían en los exámenes en todas estas materias; el español, sobre todo, lo estudian con empeño por ser la esperanza de su porvenir, dada la corriente de emigración á las Américas del Sur, para donde marchan anualmente cientos de betlemitanos. He podido comprobar en los exámenes esa facilidad de que me parece carecemos los del Occidente. ¿Cómo puede concebirse que jóvenes que estudian cinco lenguas puedan en un curso (pues son los primeros exámenes verificados en nuestra hermosa lengua) no sólo leer correctamente y traducir al árabe párrafos enteros, sino hasta conjugar verbos irregulares, aun los más difíciles, etc., en el solo espacio de nueve meses? Lo mismo hicieron en las restantes lenguas, si bien es cierto que llevan estudiándolas, como el italiano, cinco y seis años. La lengua de Cervantes se abre un amplio campo en estas regiones de Oriente. Auguramos á nuestro compañero, el P. Francisco Castro, nuevos triunfos en su magisterio en años venideros.

La solemne distribución de premios á los alumnos que más se distinguieron por su aplicación y buena conducta tuvo lugar el día 29. Amenizaba el acto la banda de los Padres Salesianos de esta localidad, representando los colegiales algunas «farsas» en diversas lenguas. El concurso de betlemitanos, á pesar de que el ingreso al espacioso salón era mediante el correspondiente billete, fué tal, que muchos viéronse privados de presenciarla, debiendo permanecer en el antiguo claustro. Representaron en español el tierno sainete «El mejor premio,» cantando acto seguido el himno «Adiós del Colegial,» composición del organista de este convento. Tan hermoso acto formó por espacio de cuatro horas el encanto de cuantos lo presenciamos. El día 30 era el señalado para la realización de otro acto semejante en la escuela parroquial de niñas, dirigida por las Religiosas de San José, en el que se me presentó la ocasión de comprobar que aun en las niñas se da esa facilidad en aprender las lenguas. Admiré también los delicados trabajos en bordado, etc. Las niñas representaron bonitas piezas en árabe y francés, tales como *Fron fron* y *Une servante modéle*, que les merecieron grandes y prolongados aplausos. ¡Después dirán nuestros socialistas y republicanos que los frailes y monjas no hacen nada, que somos seres inútiles á la humanidad!

FR. ALEJANDRO TORIBIO, O. F. M.

PERÚ

Los sucesos del 29 de Mayo

Hoy hace cabalmente un mes que se frustró la intencional política de que ustedes tendrían al día siguiente conocimiento por el cable.

Voy á relatar los hechos tal como se realizaron.

Serían las dos y media de la tarde del 29 de Mayo. Los profesores de este nuestro colegio estábamos dando clase, cuando al poco tiempo se oyeron disparos hacia el palacio de la presidencia de la república. Ignorábamos lo que sería, hasta que por las familias de los alumnos que venían á recoger á éstos supimos inmediatamente lo que pasaba.

Dos horas y media duró el pánico en la población. ¿Qué ocurrió en ese tiempo? Voy á contarlo brevemente.

Unos treinta conjurados del partido demócrata penetraron por las diversas puertas del palacio, sembraron la confusión en la guardia y llegaron hasta el mismo despacho del presidente, á quien hicieron preso, obligándole á recorrer después un verdadero calvario por las calles de la población hasta la plaza en que está la estatua de Bolívar.

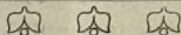
¡Dos horas largas de terrible angustia para el presidente, en las que éste dió muestras de una extraordinaria energía moral!

La política del Sr. Leguía podrá discutirse; lo que nadie puede discutir, después de lo que se ha visto, es su bien probado valor y su firme patriotismo.

El golpe de mano que dieron los conjurados fué de una audacia inmensa; de tanta, que todo lo llenaron de desconcierto: la presidencia, los ministerios, el ejército y la población. Sólo así puede explicarse el mucho tiempo que tardó la tropa en poner término á balazos á la larga y dolorosa odisea del presidente.

¿Qué es lo que intentaban los conjurados con su audaz golpe de mano, que en realidad quiso ser un golpe de Estado? Poner término á la actual situación política é inaugurar una nueva bajo la presidencia del jefe de su partido. Por esto todo su empeño lo pusieron en dos cosas: en que el presidente dimitiese, y ordenase á la vez al jefe del Estado Mayor del ejército que entregase el mando al coronel D. Isaías de Piérola, que era uno de los conjurados. El presidente se resistió y prefirió la muerte, antes que ceder á esas peticiones que iban acompañadas de terribles amenazas.

Al día siguiente de los sucesos dió un hermoso y magnánimo manifiesto al país el Sr. Leguía, insistiendo en que, á pesar de lo ocurrido, seguiría la política de antes, de paz, conciliación y armonía. Pero lo acaecido le ha hecho ver que ese programa es más bien ideal que real, y que, sin perjuicio de tener por él los mejores deseos, en la práctica no se puede gobernar sin la unidad y apoyo de un partido fuerte y disciplinado. Por esto el Sr. Leguía está hoy en las mejores relaciones con el partido civil, que es su propio partido.

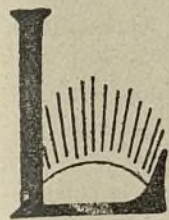


IMPRESIONES DE VIAJE DE FRANCIA Á ABISINIA

POR EL RDO. P. JOSÉ BAETEMAN, LAZARISTA, MISIONERO EN ABISINIA

III. — EN ALITIENA

Llegada, emociones, reinstalación



Una jornada había sido dura, sentíame agitado y febril; durante el descanso el guía quiso lavarme los pies. Reciente aún la estación de las lluvias, pudo con facilidad encontrar agua: llenó una vieja marmita de hierro que ordinariamente servía para la cocina, y empezó á frotarme los pies con todas sus fuerzas: los indígenas miraban curiosamente mis grandes pies blancos (¡no podían lucirlos iguales!), y á mí me venían deseos de cantar: «¡Qué hermosos son vuestros pies, oh misioneros!

Hechas las debidas presentaciones, fuí á echarme sobre una piel de vaca, en la que pasé una noche excelente.

El pueblo, los alumnos, las alumnas de las Hermanas y el profesor de canto me habían salido al encuentro y me aguardaban unos á ocho y otros á doce kilómetros de la ciudad: habían preparado un canto en mi honor; pero como pasé por otro camino, evité la ovación. Al fin lograron encontrarme. Las pobres gentes no sabían cómo demostrar su alegría. Unos se inclinaban hasta tocar el suelo con la frente, á pesar de los esfuerzos que hacía para levantarlos; otros me besaban las manos, los pies, las rodillas, y hasta hubo quien me besó espaldas y cuello y orejas.

Mis buenos amigos estaban locos de alegría. En cuanto á mí, estaba tan emocionado, que apenas podía contener las lágrimas.

Como presente de feliz advenimiento, aquellas buenas gentes me obsequiaron con infinidad de cosas, á la manera de los pastorcitos de Belén: trajéronme avena, cebada, paja, miel, cabritos, leche, etc. Pero estos presentes no enriquecen, pues la cortesía exige que se dé por lo menos doble de lo que se recibe.

Los más felices eran mis querubinitos negros. Agrupábanse á mi alrededor y me miraban con sus ojos brillantes, pareciendo preguntarse si verdaderamente era yo el *abba* Kyrillos de otro tiempo. Uno me aseguró que desde que supo que había llegado á Massauah no podía conciliar el sueño. Otros me decían que su corazón «había partido conmigo,» etc., etc. Pasemos por alto todas estas reflexiones, que la imaginación oriental coloreaba demasiado.

Heme aquí, pues, de regreso á mi parroquia, en el corazón de Alitiena.

Mi choza ha sido enriquecida con una ventana con marco de madera: la tela metálica sustituye á los cristales y parece decir: *Prohibida la entrada á las serpientes.*

Tambor, mi fiel Tambor, mi valiente perro, inseparable compañero, ha muerto. Un día mordió á un jefe que no le era muy simpático, y éste, para vengarse, le

hizo matar. Pero tengo otro perrito que ladra admirablemente: mide veinte centímetros de alto, tiene dos dientes, aire alegre y juguetón, y el extremo de la cola blanco.

Estoy convertido en refugio y receptáculo de piojos, pulgas y mosquitos. Esto no es más que la vanguardia; ¿qué será, pues, Dios mío, cuando el grueso del ejército venga á maniobrar sobre mi cuerpo?

Estamos en el período más frío del año: por la noche el termómetro descende á 2° ó 3°, y de día rara vez llega á 38°; en verano alcanza 59° y 60°. Estas transiciones de temperatura son muy duras: es muy difícil acostumbrarse á ellas.

Los abisinios nada temen tanto como el frío. En invierno se echan encima cuantas pieles y trapos tienen disponibles. Pero viene el calor y se tumban de panza al sol, como los lagartos, y así pasan horas y horas. Los chiquillos son los más resistentes. Por la mañana, mientras tiritó de frío á pesar de mi sotana y del abrigo, los veo pavonearse tan tranquilos, luciendo el único cierto pedazo de tela que llevan unas veces á un lado y otras á otro. Si acaso, amigo lector, les preguntas:

—¿Tienes frío?

Quizás te responderán como aquel negrito á quien cierto misionero preguntaba:

—¿No tienes frío tan desnudo!

—¡No!

—¡Pues si yo tengo con todos mis abrigos!

—Pues yo no.

—Es raro, porque tienes la misma piel que los blancos.

—Escucha. ¿Sientes frío en la cara?

—¡No!

—¿Y por qué no?

—Porque estoy acostumbrado á llevarla descubierta.

—Pues bien: yo... ¡soy todo cara!

Las pompas fúnebres en Abisinia

En Abisinia no se hace nada como en los demás países; las pompas fúnebres se celebran á su manera particular.

Cuando muere un niño, si es florecilla apenas nacida que el soplo de la muerte deshojó al pasar, se limitan á deshacerse de su cuerpo enterrándolo en un rincón de la cabaña.

Si es un personaje mayor, una vez muerto lo lavan con agua de miel, lo cosen dentro una funda de tela, y luego lo envuelven con una estera: y ya está hecho el ataúd. El *coche mortuorio* no es más complicado: cogen una escalera, atan á ella el cuerpo del difunto, y dos hombres lo llevan en hombros hasta la iglesia. El grito de alarma retumba entonces en lo alto de los montes y la nueva se propaga rápidamente. Acuden gentes, y en cuanto ven el cadáver se echan á llorar y á gritar desesperadamente. Ya junto al féretro, toman

cada uno un paño de su camisa ó de su toga, y empiezan á frotarse las sienes con tal convicción y entusiasmo, que á los pocos segundos sangran. Luego se dividen los hombres á un lado y las mujeres á otro, y continúan los gritos mientras el clero indígena canta. A intervalos las mujeres se arrodillan, y con las manos se echan sobre la cabeza todo el polvo que logran coger, el que hace hermosa amalgama con la manteca de que está impregnada su cabellera.

Acabada la ceremonia religiosa, trasladan el cadáver al hoyo abierto á la sombra del campanario; una vez en el hoyo, todos le echan tierra encima.

Luego las gentes se reúnen para la oración fúnebre.

Algunos días después de mi llegada falleció un hombre. Era un famoso aventurero, salteador de caminos, y como tal mirado por todos como un gran personaje. Era la gloria de la tribu: nadie sabía robar ni matar como él.

Oye, lector, algunos párrafos de su elogio fúnebre:

«Oh Sebaath, ¿por qué has muerto?»

«Sólo tú sabías batirte contra cincuenta hombres á la vez.

«Tu diestra empuñaba el fusil y tu siniestra la espada.

«Tu canana estaba siempre llena de cartuchos. No temías nada ni á nadie.

«Ibas á casa de los jefes y los jefes tenían miedo de ti.

«Apuntabas, y siempre dabas en el blanco; para tu fusil no había distancias.

«Durante la guerra (contra los italianos), mataste muchos hombres. Eras el primero en la batalla, y rugías como león furioso.

«Eras joven, hermoso, alto, valiente.

«Siempre que pedías alguna cosa la obtenías.

«Antes de morir querías reunir á todo el mundo para hacer las paces.

«Todas tus mujeres y todos tus hijos se mesaron los cabellos desesperadas.

«Los hombres han tirado los cartuchos para testificar su pena.

«Rugías, saltabas y eras fuerte como el león, y tenaz como el demonio; todos te temían.»

Su madre se levanta, y exclama:

«Te di un encargo para tu difunto hermano, ¿lo has cumplido ya? Creo que no, porque durante tu vida fuiste poco obediente.

«¿Has ido á Erithrea? ¿Has ido á Axum? ¿Qué noticias traes?»

«¿Has muerto para siempre? ¡Eras tan buen cazador! No había nadie como tú para matar animales salvajes.

«En vano te buscamos por montes y valles.

«¿Dónde estás? Se acerca Navidad, y no la celebraremos juntos.

«Tu padre, loco de dolor, se fué á dormir al desierto, sin armas, para que lo devoren las fieras.

«Me habías prometido una vaca. ¿Cuándo me la darás?»

«¿Qué ha sido de ti después de tu muerte? ¿Dónde estás? Ya no repiten los ecos de nuestros montes los disparos de tu fusil.

«¿Has partido para siempre tú que nunca padeciste ni hambre ni sed?»

«¿Te acompañan cuantos murieron antes que tú?»

«Yo, tu madre, te maldigo, porque me dejas sola, sin hijos, sin esperanzas. Moriré de pena. Nuestras vacas y nuestras cabras se perderán, porque nadie cuida de ellas.

«¡Enemigos, alegraos! Vuestro vencedor ya no existe. Venid: ¡Sebaath ha muerto! Apoderaos de nuestros campos, de nuestros rebaños, de nuestra casa. Venid; alegraos mientras yo lloro. ¡Sebaath ha muerto!

«¡Oh, hijo mío, heroico hijo mío! ¿Cuándo volverás?»

Y tras cada estrofa todo el mundo responde con el estribillo tradicional: «¡Ah! ¡ah! ¡ah!» La tonada es muy triste; pero uno acaba por acostumbrarse á ello.

(Continuará).

¡SACRILEGIO! — (DEL DIARIO DE UN MISIONERO)

30 de Mayo de 190...



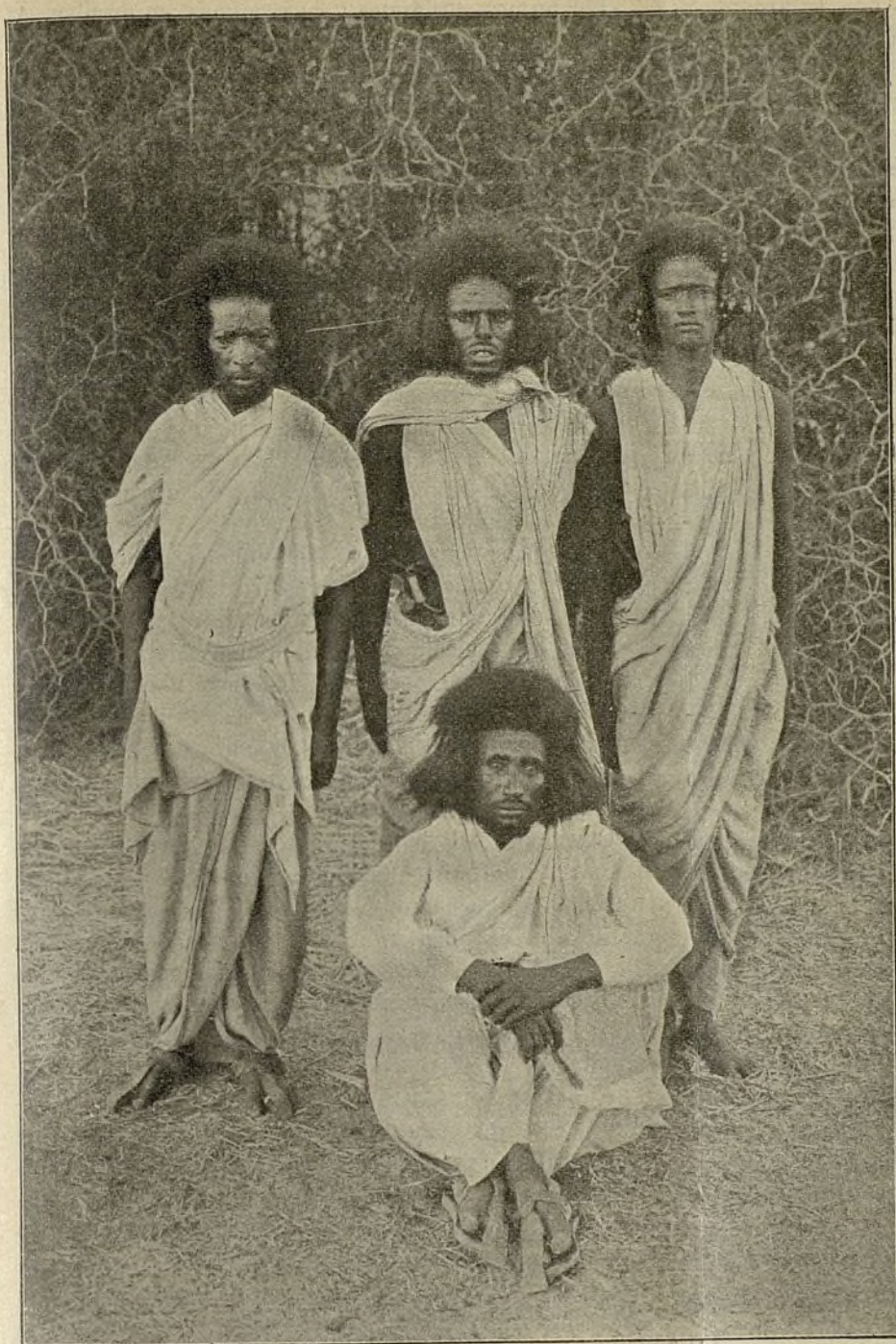
Al anoecer de este día estaba rendido de fatiga. Habíamos terminado una fervorosa Misión en la ciudad de X... población importante de un externo Estado de la República; y por la mañana, durante dos largas horas, habíamos distribuido el Pan de los Angeles á una multitud inmensa de fieles, cuyo número unido al de todos los que habían comulgado durante la Misión hacía un total de 18,000 Comuniones. Yo no cesaba de admirarme de aquel número sin número de personas que se acercaban á la Sagrada Mesa, y si bien es cierto que, por celebrarse este día la fiesta del Sacratísimo *Corpus Christi*, y ser el fin de la Misión en la que tantas y tan sublimes verdades habían escuchado desde el púlpito, esperaba una Comunión numerosa; sin embargo, aquel exceso de piedad resultaba extraordinariamente conmovedor y edificante. Así lo manifesté al señor Cura

mientras comíamos reunidos por última vez los misioneros y el buen párroco, con quien tan buenas migas habíamos hecho, y de quien pronto nos íbamos á separar, para continuar nuestra serie de Misiones en otros pueblos.

—No lo extrañe V., Padre, me respondió el párroco, el número y fervor de Comuniones ha aumentado en mi parroquia considerablemente desde el sacrilegio... ¡qué bondad la de Dios!... y claro está que hoy, fiesta de la Sagrada Eucaristía, ni habían de faltar estos fieles hijos del Sagrado Corazón, á su propósito de desagrarlo.

Sabía yo, ó creía saber perfectamente, la triste historia del sacrilegio cometido cinco años antes en aquella parroquia, y me pareció ya más natural el empeño del pueblo cristiano en desagrar á su Dios tan vilmente ultrajado, recibéndole con devoción.

La comida continuó y la conversación fué decayendo



ERITHREA. — TIPOS BENI-AMERS (COSTA DEL MAR ROJO).—Reproducción de fotografía del P. Comini de Asmara (Erithrea), enviada por el R. P. Baeteman. (Pág. 209).

poco á poco, pues el digno Cura estaba verdaderamente triste por nuestra partida.

La tarde toda entera la pasé en continua agitación, ya con los preparativos de marcha, ya con algunas confesiones retrasadas y el arreglo de algunos asuntos que aún quedaban pendientes. Cayeron por fin las sombras de la noche sobre aquel pueblo fervoroso, que se retiraba á sus hogares tranquilo y contento, pues su amor á Jesucristo, tan vivamente manifestado, no podía menos de traerles la paz del alma. Rendido yo de tanto trajín me disponía, á la luz de antiguo velón, á comenzar mi atrasado rezo, y habiendo abierto mi breviario formulaba ya las primeras preces, cuando llamaron á la puerta de la habitación.

—¡Adelante! exclamé con alguna impaciencia, pues era la décima vez que me interrumpían en tan santa

ocupación; y entrando la portera del curato, me anunció que me llamaban para confesar á un moribundo, que no había podido hacerlo durante la Misión, y que deseaba fuese el Padre misionero.

«¡Sea todo por Dios!» exclamé cerrando con pena mi libro, y tomando mi capa y sombrero, me dispuse á seguir á un muchacho, que en la puerta me esperaba, para llevarme á casa del moribundo.

Cruzamos en silencio varias callejas, sucias y mal alumbradas, precedido siempre de mi guía, que al fin se detuvo ante una casucha de mal aspecto, casi en las afueras de la ciudad.

—Espera, dije entonces al muchacho que se disponía á llamar: dime, ¿quién es el enfermo?

—Es un señor, me contestó, que vive en una accesoria del segundo patio.

—Y ¿quién te dijo que me llamas?

—Mi mamá, que es la portera de la casa y que esta tarde oyó gritar á ese señor desde su accesoria, y habiendo ido á ver qué le pasaba, le dijo que mandara traer un Padrecito porque se moría.

—¡Ah! vamos. Toca, le dije.

Abrió la puerta una mujer de edad, que al verme «¡Bendito sea Dios!» exclamó; pase V., pase V., señor Padre, que ese hombre se muere y da pena que se vaya al otro mundo como ha vivido.

—Pero ¿quién es? le pregunté mientras me conducía alumbrándome con un farol hasta la vivienda del enfermo.

—Yo no lo sé, señor Padre, hace mucho que vive aquí. Paga una miseria por el alquiler. Con nadie habla nunca, sino es con unos amigotes que á veces le visitan, ¡válgame la Virgen! y ¡qué cara de bandidos tienen! Debe ser un mal hombre. No viene sino de noche. Nunca le he visto en la iglesia, y cuando viene borracho suelta cada atrocidad por esa boca de infierno!... Por eso ahora me ha llamado la atención el que quiera un Padre. Entre V., entré V.; quizá el pobre está arrepentido.

Entré como me indicaba la portera en el semiobsuro y fétido cuartucho, y pude percibir en un ángulo del cuarto, sobre mugriento y desordenado lecho, tendido en el suelo, la silueta de un ser humano, que se movía. Tomé entonces el farol de la portera y le hice seña de que se retirase.

—¿Quién va? me dijo entonces una aguardentosa, pero desfallecida voz, que salía de aquel montón de andrajos.

—Soy yo, hijo mío, el Padre misionero á quien has llamado. Vamos, galopín ¿qué se te ofrece?

—¡Ah! es V., bien; entre, siéntese V. en ese banco, que está junto á la pared... que se salgan todos... tengo que hablar solo.

—Solos estamos, hijo, nadie ha venido conmigo. Vamos, qué quieres, dije trayendo á su lado un banquillo de zapatero que á tientas encontré donde el enfermo me indicaba.

—¿Sabe V. quién soy yo? me dijo fatigosamente no bien me sintió cerca.

—Sé que eres un hombre, que quiere morir como se debe.

—Y ¿nada más?

—Nada más; y no es poco, hijo mío.

—Pues bien, Padre; ¿ha oído V. hablar del sacrilegio de la parroquia?

—Sí.

—Pues yo y otros fuimos los sacrílegos.

Un movimiento de instintivo horror, que no pasó sin ser advertido por el enfermo, me hizo retirar un poco.

—No se asuste V., Padre, y óigame, que le voy á contar cómo fué, porque nadie lo sabe.

Y entonces entre soeces interjecciones y largas pausas á que le obligaba su fatigosa respiración, me hizo el siguiente espantoso relato:

—Cuando yo era niño, mi padre se empeñó en que fuera á una de esas escuelas, que hoy abundan tanto, en la que el maestro era un hereje, que enseñaba el catecismo, y siempre nos estaba diciendo que eso del infierno, cielo y Dios, no son más que invenciones de ustedes para sacar dinero. Yo lo contaba todo en mi casa, y la buena de mi madre se enojaba, chillaba y me pellizcaba por las cosas que decía de los curas, y que hacían reír al tuno de mi padre. Hijo, me dijo muchas veces llorando la pobre vieja, que Dios os perdone á ti, á tu maestro y á tu padre. Dios que está clavado en la cruz pa' no castigarte y con los brazos abiertos pa' perdonarte.

Al cabo del tiempo murieron mis padres, y yo que lo único que había sacado de la escuela era un odio mortal á todo lo bueno, me dí á la vagancia y comía de lo que arañaba por todas partes. Tenía unos amigos desde la escuela, que me enseñaron á jugar y á hacer trampas, y con eso he venido viviendo. Nos perseguía en una parte la policía y nos íbamos á otra, hasta que vinimos rodando por acá. Yo no conservaba más que un respeto, al Señor Crucificado que tiene las manos clavadas pa' no castigar y los brazos abiertos pa' perdonar; pero en cuanto hablábamos de Vdes. los curas, era para oírnos despotricar.

Un día nos dijo uno de mis compañeros:

—Vamos á dar al tuno del Cura y á las beatas de la parroquia un buen susto. Vamos á jugar con las obleas que aquél guarda en la iglesia.

—Pero hombre, si eso es Dios, objetó uno.

—¡Qué Dios! respondí yo, ¿no te acuerdas del maestro, que nos decía que los curas debían llamarse engaña-bobos ó quita-pesetas?

Por fin nos decidimos y convenimos en un plan. Al pardear la tarde iríamos á la parroquia, nos ocultaríamos en los altares ó confesonarios, y cuando ya cerradas todas las puertas, fuera avanzando la noche, saldríamos de nuestros escondites y veríamos lo que convenía hacer entonces. Así fué; ya los ruidos de la ciudad se habían acallado y estaba muy entrada la noche, cuando salimos de nuestro refugio, y dirigiéndonos al altar rompimos la puerta del sagrario, sacamos el Copón y nos repartimos las hostias. Cada uno entonces las fué pegando con saliva en los vestidos de todos los Santos que había en la iglesia entre risas, chanzas y burlas. Pasé yo por casualidad por delante del Cristo que hay allá y no sé qué sentí; el caso es que apreté el paso mirándolo con sobresalto. Uno de mis compañeros lo notó, y riéndose de mí: ¡Eh! tú, me dijo, parece que tienes miedo á esa figura. ¿Yo miedo? le contesté, herido en lo más vivo, porque todo he sido, señor, menos cobarde; ¿yo miedo? ya verás, y diciendo y haciendo trepé al altar y fuí pegando las hostias, que me quedaban, en los labios y llagas del Señor. Mientras estaba en la operación tropezó mi vista con la del Cristo, y aquella mirada tan triste, tan triste, se me clavó muy hondo, muy hondo en el pecho, y aun me parece verla.

Al decir esto aquel infeliz tuvo una violenta sacudida nerviosa. Luego continuó:

Cuando de allí bajé, estaba pálido, tembloroso, entonces sí que creí haber hecho mal. Salimos pronto, abriendo la iglesia por dentro, y noté entonces que uno se llevaba el copón. ¿Para qué te llevas eso? le dije. Para tirarlo allí, me contestó, señalándome un montón de basura y escombros que había en el atrio, y así lo hizo; aún tenía, según después dijeron, trece hostias adentro.

Al día siguiente estuvimos en acecho de lo que sucediera, y yo que me esperaba que la cosa no pasaría de una corajina del cura y las beatas, ví con asombro que se llenaban de verdadero dolor, y que al saberse el hecho por el pueblo y aun por los pueblos vecinos todo era lágrimas y dolor, y venir á la iglesia á pedir perdón de lo que llamaban sacrilegio. Y como también los señorones y los curas lloraban y pedían perdón, aquello me iba á mí haciendo sospechar muchas cosas. Después la policía encontró en los escombros el copón, dió aviso y lo llevaron á una casa particular, y luego entre llantos y suspiros en procesión lo condujeron á la parroquia, y las trece Hostias se las dió el cura á trece niñas vestidas de blanco que, según decían, hicieron su primera Comunión. Desde entonces acá se han hecho muchas funciones en la iglesia pa' pedir perdón del sacrilegio, y la gente viene de todas partes en tan gran número como nunca. Yo nunca he vivido contento, pero desde entonces menos, y pa' ahogar las penas me dí á la borrachera, pero cuando no estaba borracho sentía acá dentro más cosquillas, un malestar... que fuí enfleando y ya no me daba gusto. Hace cinco años desto, Padre, y desde entonces no he dormido bien, más que cuando estaba tomado. ¡Oh! aquel Cristo, que tiene las manos clavadas pa' no castigarme y los brazos abiertos pa' perdonarme, me estaba castigando aun sin desclavar las manos.

Entonces vinieron los Padres misioneros, y yo fuí á



ABISINIA.—EL R. P. BAETEMAN, EN LA ENTRADA DE SU PRESBITERIO, EN ALITIENA.—Reproducción directa de fotografía. (Pág. 209)

oír á V. á la parroquia escondido pa' no ver al Cristo, y le oí aquello del infierno y aquello de que el Cristo está esperando á todo el que quiere perdón, pa' dárselo, y vi esta mañana á los que comulgaban tantos y tantos, y todos decían, que pa' pedir perdón del sacrilegio, y tuve miedo, pues creí que todavía después de tanto, no ha perdonado el Cristo, y me sentí muy malo, muy malo, y lo he llamado pa' ver si me echa una bendición, señor Padre, y pa' que me diga su mercé hasta cuándo espera el Cristo pa' perdonar lo que hicimos.

El pobre hombre se echó á llorar.

—Padre, me dijo con voz desfallecida: yo nunca he llorado, ahora lloro y no sé por qué, pero me parece que el Cristo me mira más triste, más triste.

Dominando la emoción que aquel desdichado me causaba, procuré consolarlo y le pregunté:

—Pero, vamos á ver, ¿qué es lo que más pena le daba de todo lo que ha contado? ¿qué le angustiaba más?

—Pues yo pensaba que todas aquellas personas que venían á pedir perdón no lo alcanzarían hasta que yo no lo pidiera, y no podía pedirlo, pues, porque me acordaba de lo que aprendí en la escuela, y además pensaba

que el Cristo estaría muy enojado, muy enojado conmigo, y desclavaría sus manos pa' castigarme. ¡Ay! Padre, dígame: Si yo le pidiera perdón al Cristo, ¿me lo daría?

—Sí, hijo, sí; no ves que para eso tiene los brazos abiertos; pero eso será, si quieres confesarte.

—Sí, quiero, pero no sé cómo se hace, nunca he hecho eso.

Entonces, con la brevedad que el caso requería, pues aquel infeliz se iba por la posta, víctima á mi juicio de una tisis aguda, lo instruí en lo más necesario, y al fin lo confesé.

Al terminar aquella primera y última confesión del desdichado: «Hijo, le dije, pide ahora perdón al Cristo que tiene las manos clavadas para no castigarte y los brazos abiertos para perdonarte de todo lo que has hecho.»

—Sí, Padre, sí ¡perdón, Cristo, perdón! exclamó entre dos arroyos de lágrimas.

Extendí mis manos para darle la absolución, y al acabar de pronunciar las palabras del Sacramento, expiró tranquilamente aquella víctima de la escuela sin Dios, salvada á última hora del naufragio eterno, por la misericordia del pacientísimo Jesús, atento á las oraciones y lágrimas de tantos fieles hijos y ministros suyos, que habían implorado el perdón del horrible desacato.

Después de rezar un poco por su alma y enterar á la portera de como había muerto cristianamente aquel infeliz, me alejé tristemente impresionado, bendiciendo á Dios porque casos tan horribles no son aún comunes en nuestro cristiano y piadoso pueblo, y revolviendo en mi mente estos dos pensamientos:

¡Si los padres de familia pensaran lo que hacen antes de entregar sus hijos á maestros impíos... primero se dejarían matar!

¡Si supieran esas almas fervorosas cómo Jesucristo ha aceptado sus ruegos y numerosas Comuniones reparadoras y otorgando el perdón que le pedían!...

J. CARDOSO, S. J.

AMERICA CENTRAL

RELACION DE VIAJE EN LOS RIOS PUTUMAYO, CARAPARANA Y CAQUETA Y ENTRE LAS TRIBUS GUITOTAS

POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, MISIONERO CAPUCHINO

(Continuación)

QUAS la causa de este adelanto fué la fatal noticia que recibimos en *Palermo*, es á saber: que un día antes de llegar nosotros al río Caquetá se embarcaban los bogas que debían llevarnos. Créame, Padre, que esta novedad, si se quiere, fué la prueba más grande de paciencia y resignación de cuantas el cielo nos había exigi-

do en aquel camino, porque, en verdad, sólo quien conoce lo que es el Puerto Pizarro, la gran dificultad para encontrar embarcaciones, la soledad y escasez de todo alimento, etc., etc., puede formarse una idea del sobresalto que tuvimos con la dicha novedad. Y por aquel entonces, el sólo pensar que fuera cierta la salida de

los bogas, ya nos hacía creer que una cuarentena á orillas del Caquetá, ó en una desandada para el Carapaná: lo uno y lo otro era terrible para nosotros.

Vimos, pues, que el único medio (y éste no seguro) para librarnos de las dos posibilidades, era caminar cuanto más se pudiera en aquel día, durante la noche y la mañana del siguiente día, para ver si alcanzábamos á los bogas antes que se embarcaran, para lo cual convenimos en que el P. Santiago se quedara en *Palermo*, disponiendo y arreglando la marcha para el siguiente día, y lo demás era de mi incumbencia.

Ya puede suponerse cómo andaría yo en aquel resto de travesía. Y aseguro que no conocí, ni cansancio, ni hambre, ni sueño. Mas como casi nunca un trabajo viene solo, también en aquella ocasión me visitaron muchos.

Para cumplir mejor mi cometido me hice acompañar por un muchacho tolimense, que por casualidad se encontraba en *Palermo*; pero cuando más hube necesidad de su apoyo, se me convirtió en embarazo, pues á las pocas horas de haber andado le cogieron unas calenturas que le inutilizaron para servirme de guía y sostén. Recuerdo que muchísimas veces caíamos juntos en unos barrizales, y yo tenía que alargarle la mano para que pudiera levantarse; pues él, si podía guiarme, no era capaz de servirme de sostén. En estas caídas y levantadas llegó la noche, y con ella una horrible tempestad que bramaba por encima de nuestras cabezas.

Eran las seis y cuarto de la tarde, y aunque al principio formé resolución de caminar durante la noche, no pude hacerlo, porque era materialmente imposible. Mi compañero enfermo; el camino, por debajo de los árboles, era invisible; y yo no tenía conocimiento de esos lugares, sino de la parte que había andado; en fin, la soledad, las alimañas, culebras y otros más peligros que me esperaban en aquella noche, me hicieron cambiar de intención, y resolvimos quedarnos dentro del monte.

Cogí entonces el machete que llevaba mi compañero y me puse á cortar ramas para formar un pequeño rancho y pasar en él la noche; pero la obscuridad de ésta, la lluvia que ya caía sobre nosotros, y la poca habilidad del arquitecto, fueron motivos para que el albergue no quedara ni medianamente regular.

Practicada esta primera diligencia, comencé por disponer el fuego para hacer la cena, que, en verdad, había necesidad de ella; y hasta en esto estuve desafortunado, porque la leña, á causa de haber llovido, estaba muy mojada. Recuerdo que gasté casi toda la caja de fósforos y varios papeles que contenían apuntes de alguna importancia; pero ni así pude prender fuego. Un solo fósforo había quedado, y si éste no me sacaba de apuros, necesariamente debíamos pasar la noche sin comer. Antes, pues, de aventurarlo, recé é hice algunas promesas á las ánimas benditas del purgatorio; y en verdad que mis ruegos no fueron desoídos, pues al tiempo de rasparlo me vino la idea de que pudiera haber dentro de la *tula* (talega encauchada) algún resto de esperma. Busqué únicamente por no rechazar la feliz inspiración; y con no pequeño asombro encontré lo que tanto necesitaba. Al muchacho después de este hallazgo, casi se le van las fiebres; y ya tuvo ánimo de ayudarme á preparar la cena. Esta fué muy pobre y escasa; pero, en fin, se podía decir que habíamos comido.

Esta noche, fuera por los sobresaltos del día, ó por lo nervioso que me encontraba, ó por falta de presencia de ánimo, lo cierto es que fué terrible y medrosa en extremo. Varias veces hice actos de contrición y me dispuse á morir, porque llegaba, en algunos momentos, á persuadirme de que eran tigres los que se encaramaban en los árboles y se acercaban al rancho olfateando al rededor de mi cama.

Después de todo esto, ya puede suponerse cómo anhelaría la llegada del día. Vino, y, gracias á Dios, nos encontramos ilesos de todo mal, y dispuestos á continuar el viacrucis.

El domingo, 7 de Enero de 1906, caminé como un desesperado, hasta las dos de la tarde, hora en que llegamos al mencionado Puerto Pizarro, y vimos el anchuroso cuanto terrible Caquetá.

El corazón en esos momentos me palpitaba de un modo extraordinario. Yo mismo no sabía lo que me pasaba. Como que tenía miedo de convencerme de la realidad.

A orillas del río había unos dos ranchos. ¿Habrán gente allí? me preguntaba: ¿estarán aún los bogas? Angustiado y casi trémulo me acerqué á uno de ellos. ¡Qué sobresaltos! ¡qué dudas! ¡qué temores! Reinaba el más profundo silencio. Mas luego oigo el ladrido de un perro; salen unas buenas gentes: «¿Cómo está, Padre?» me dijeron.—¿Son Vds. los bogas? les contesté.—No, Padre; pero están en el otro rancho; no han podido irse porque dos de ellos están enfermos.»

¡Sólo Dios es testigo del gozo que tuve en esos momentos! Y el encuentro de los bogas ahogó y me hizo olvidar los sufrimientos pasados.

El mismo día, muy por la tarde, llegó el P. Santiago con todo lo que formaba nuestro equipaje.

Pocas horas de descanso tomamos en este lugar, y pronto nos dispusimos para una navegación de casi cuarenta días. Pero antes de embarcarnos quiero dejar constancia de una desgarradora escena que presenciáramos en uno de los referidos ranchos.

Estaban allí tres hombres que habían bajado desde el Orteguzza, sirviendo de bogas á unos comerciantes. Estos, cuando los vieron enfermos é incapacitados para prestarles servicio alguno, cometieron el imperdonable delito de abandonarlos en las soledades de Puerto Pizarro. Aquí sólo tenían, los pobres, por compañía, las fieras del bosque y la plaga de mosquitos, los que, por las muchas picaduras ya les habían causado horribles llagas. Carecían asimismo de medicamentos, y sólo tenían un poco de maíz y un pedazo de carne podrida. Como pudimos les favorecimos en lo material, y luego les facilitamos los auxilios de la Religión, quedando con esto conformes y dispuestos á morir como buenos cristianos. A uno de ellos, cuya enfermedad no era tan mortal, pues que sólo tenía una llaga podrida en la pierna derecha, lo sacamos en nuestra canoa, pero á los diez días de navegación se nos murió; y la misma suerte, sin duda, corrieron los dos que quedaron en Puerto Pizarro. (Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S 5 pts

LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA
DE LA 2.^a EDICIÓN FRANCESA
POR
M. C. G.

(Continuación)

25 Diciembre.

¡Navidad! ¡Navidad!... canto de júbilo que vibra, cuando más sombría es la noche de la patria. Hoy que los poderosos de la tierra se agitan con febril actividad, y derraman á torrentes la sangre de sus súbditos para conquistar un puñado de tierra, y á la par algo como destello de esta *gloria* que se desvanece como el humo, la Iglesia nuestra Madre, nos convida á una fiesta en la que todo es *paz*... ¡ojalá llegara hasta mi tierra esta paz que cantan los Angeles en las lejanas llanuras de Belén!... ¡Divino Príncipe de la paz, hoy que es día de gracias y bendiciones, apiádate de tus hijos desgraciados! ¡Que acaben ya las locas ambiciones de los hombres! ¡Que el ángel de la guerra vuelva á la vaina la espada tinta en sangre, y que de nuevo brille en el cielo de Francia la anhelada paz!

26 Diciembre.

El médico, á quien conmueven los maternales cuidados que Eugenia prodiga á los enfermos prusianos, me pregunta con frecuencia noticias de sus hermanos. El sábado por la tarde me entera de que acababa de llegar un numeroso convoy de heridos, entre los cuales había varios oficiales jóvenes, y que se alojaba en las Casas Consistoriales, donde se había establecido una ambulancia. Carlos fué allá sin pérdida de momento, y una hora después regresaba profundamente emocionado. En una de las salas había encontrado á Emilio herido gravemente. Su estado, con no ser desesperado, era muy grave. El pobre joven había reconocido á mi esposo y manifestado cuánto le alegraba hallarse tan cerca de nosotros. En el acto Carlos hizo cuanto fué menester para lograr lo trasladaran á nuestra casa; y aquella misma tarde quedó instalado en el aposento de sus hermanas. Para Eugenia y Clotilde es inmenso consuelo poder cuidar á su hermano. Hemos pasado horas angustiosas cabe el lecho del herido; hoy Emilio mejora, y tenemos la casi seguridad de salvarlo.

Queda para estas pobres jóvenes otro grave motivo de inquietud: es la carencia absoluta de noticias de su hermano Enrique. Se sabe que está en Mans, y nada más. En aquella región se libran encarnizados combates, ¿cuál será su suerte?

28 Diciembre.

En nuestra ambulancia se ha declarado la viruela, y Carlos quiere que mientras dure la epidemia Luis sea alumno interno del Instituto. Aquí peligra la vida del cuerpo, allí la del alma... No puedo escoger entre las dos, porque mi esposo *ordena* y *manda*. ¡Dios mío, protegéd á mi hijo! A Magdalena no hay fuerza humana que la resuelva á separarse de nosotros; y además, ¿dónde enviarla en los tiempos que padecemos? ¡Que el Señor preserve del contagio á mi querida y valiente hija, que lloraba ayer porque le prohibimos ir á la ambulancia!

30 Diciembre.

Cada día tiene sus tristezas y ansiedades. Esta noche han sobrevenido á Emilio, que ayer estaba casi bien, frecuentes escalofríos y agudos dolores de riñones y de corazón. El médico ha confirmado nuestros temores. Le ha atacado la viruela. Ni siquiera he intentado separar á Eugenia de su lecho. Comprendo que su deber es asistirle. «Sustituyo á mi madre,» me ha dicho cuando le manifestaba mi inquietud por ella. «Quiero á Emilio como si fuera hijo mío. Gustosa daría mi vida por salvarlo.»

Me ha rogado usare de mi autoridad para alejar á Clotilde. A ella y á mi hija las he confiado á Carlos, quien las mantiene lo más separados posible de nosotros. ¡Que la Virgen y los Angeles de su guarda las libren del contagio!

14 Enero.

Emilio ha pasado días gravísimo. Creímos perderlo. Al fin la enfermedad ha cedido á los tan solícitos como inteligentes cuidados de Eugenia, que es una santa. Hoy es ella la que nos angustia. Atacada de viruelas tememos por su vida.

Carlos ha llevado á Clotilde y Magdalena á casa la señora de T... (1). El peligro era inminente para ellas. Al abandonarme han derramado copiosas lágrimas. Clotilde ignora la enfermedad de Eugenia. Como las dos hermanas no se veían hacía tiempo, hemos logrado ocultarle la verdad.

12 Febrero.

La oración de Eugenia ha sido oída: Dios ha salvado á su hermano, quedándose en cambio con nuestra santa amiga. La enfermedad, que ha sido fulminante, nos la ha arrebatado en cinco días. Había resuelto abandonar el mundo y consagrarse á Dios. Se ofreció en holocausto. Se acabaron para ella los tiempos de prueba; el Divino Maestro la juzgó merecedora del cielo; quería permanecer virgen, y ya es virgen y mártir. ¡Feliz ella! pero ¿y los que quedan? Su hermano está inconsolable, y sin cesar repite: «¡Soy causa de su muerte!»

Para Clotilde el golpe ha sido terrible. Eugenia era todo para ella. Le anunciamos la muerte con cuantas precauciones y rodeos creímos útiles; primero no nos entendió, luego no daba crédito á nuestras palabras. Le hablábamos de Eugenia, y ella entendía de Emilio. Fué preciso dejarnos de rodeos, darle la noticia escueta. Entonces su dolor fué espantoso, imponderable; debí permanecer varios días á su lado en casa de la Sra. de T..., dejando á Carlos solo en nuestra casa.

Seguimos sin noticias de Enrique y de mi sobrino. ¡Qué tiempo! cada día nos regala ó un nuevo desastre para la patria ó nuevas pérdidas entre nuestros amigos.

(1) Esta señora posee una vasta propiedad en los alrededores del pueblo.

27 Febrero.

Sufrimos un invierno de los más rigurosos, y á la par tristezas y desgracias de todas clases. Nuestra ambulancia continúa llena, pero en ella, gracias á Dios, ya no reina la viruela. Clotilde y Margarita han vuelto á nuestro hogar. Mi hija ha sido el ángel consolador de su amiga. ¡Qué sentimientos tan delicados, cuánta abnegación, qué absoluto olvido de sí misma! Nuestra desgraciada Clotilde es hoy más que nunca de nuestra familia, y la considero como á mi segunda hija.

—No tenemos á nadie más que á V. Usted querrá ser nuestra segunda madre, ¿verdad? me decía llorando el hermano convaleciente, que es un joven ejemplar.

Les prometí quererles siempre mucho á los tres, quererles como si fueran hijos míos. ¡A los tres! ¡Ah, quién sabe si pronto volveremos á llorar! Me extraña muchísimo seguir sin noticias de Enrique.

He observado que á Luis le es nociva la estancia en el Instituto. He rogado á Carlos que lo reintegrara al hogar, pues ya no hay en nuestra ambulancia enfermos contagiosos. Me ha replicado que en cualquier momento podemos volver á tenerlos, y que en el Instituto trabaja mejor y más tranquilo de lo que pudiera hacerlo en casa, donde reina el desorden hijo de la ocupación. Me ha prometido que por Pascua, si los prusianos se han retirado, lo sacará del internado. Comprendí que era inútil empeñarme en lograr más.

1 Marzo.

Acabo de recibir carta de mi hermana. Hasta hoy Dios les ha preservado de todo mal. Tienen buenas noticias de José; el 15 de Febrero seguía sano y salvo. ¿Y después? María es mujer de alma noble y varonil. Ante las terribles pruebas que sufrimos se conserva enérgica y valiente. A pesar de las crueles inquietudes que sufre por la suerte de su hijo, se ocupa de nosotros con viva solicitud. Ignora las desgracias que nos afligen y las pérdidas que acabamos de sufrir. Amaba entrañablemente á Eugenia, sus almas se habían comprendido y apreciado; me encarga para mi llorada amiga recuerdos los más tiernos y afectuosos. ¡Que ella, que en la actualidad se cuenta entre nuestras celestiales protectoras, pague este recuerdo, logrando para mi hermana y los suyos las gracias de que más necesiten en los actuales momentos!

3 Marzo.

Desde la muerte de Eugenia, Clotilde es cada día más piadosa. Su tristeza es resignada, y cuando la miro me parece viviente imagen de su hermana muerta. Emilio, cuyo total restablecimiento ha retardado la profunda impresión que le causó la muerte de su hermana, sufre horas de negro desespero. Se echa á llorar, después queda largas horas en un estado de abatimiento tal que nos asusta. Su hermana multiplica los cuidados y atenciones afectuosas, ¡pobres jóvenes! ¡Qué vacíos á su lado! Clotilde nos quiere á Magdalena y á mí cada día con más entrañable afecto. Nosotras lo pagamos queriéndolos con toda el alma.

14 Marzo.

¡Es, pues, cierto, oh Señor, que reservas para tus escogidos las pruebas más duras!... Admiraba la resignación de Clotilde. Emilio, algo más tranquilo, parecía que en sus dolores se iniciaba una tregua, cuando el lunes de la última semana el criado anunció á Carlos que

un militar deseaba hablarle. A los pocos minutos me manda llamar. Lo encuentro junto á la puerta del comedor, donde ya había dejado á Clotilde y Magdalena. Estaba lívido, agitado. Mi primera idea fué para mi hermana.

—¡Mi sobrino!

—No, no es él..., Enrique...

—¿Herido?

—Sí, y gravemente. Ha perdido una pierna. Está en el hospital de Mans.

—¿Qué hacer, Dios mío?

—Eso pregunto yo.

—Clotilde se empeñará en verlo, ¿puede emprender ese viaje?

—La acompañaré gustoso, pero ¿nos dejarán cruzar las líneas enemigas?

—Dicen que los prusianos suelen franquearlas sin dificultad á mujeres, y además si tú te quedas, nuestros hijos estarán mejor guardados.

—Lo primero quizás sea cierto, pero viajar mujeres solas en las actuales circunstancias me parece una imprudencia.

Logré convencer á Carlos, y, acompañando á Clotilde, salí aquel mismo día. Dijimos á Emilio que la enferma era mi hermana. Otra emoción, terrible como la que acababa de sufrir, le hubiera causado la muerte. El viaje resultó más fácil de lo que esperaba: al atardecer del segundo día llegamos á Mans. Gracias á las indicaciones que nos habían dado, encontramos con facilidad la ambulancia de nuestro herido. ¡Pobre joven! Estaba moribundo; Dios nos inspiró la idea de ponernos en camino sin pérdida de momento. Aun nos conoció. Preguntó por Eugenia.

—Cuida á Emilio, que está enfermo, pero no grave.

—Abrázala por mí, dijo á Clotilde, dale mi medalla y mis rosarios. Le he rezado mucho á la Virgen. Sin duda es preferible que muera. Acato resignado la voluntad de Dios.

Intentamos animarlo.

—No, si no la temo á la muerte, nos dijo. Ayer confesé y recibí el Santo Viático. El capellán me ha prometido el cielo. Allí encontraré á mi padre, á mi madre, y rogaremos por ti, hermanita mía, la dijo estrechándole la mano, por Eugenia, por Emilio, por V., señora, á quien tanto debemos. Dios se dignará perdonar mis pecados, ¿verdad? Y la Virgen... ¡es tan buena la Virgen!... ¡Madre mía!...

Vivió unas horas más, pero era tal su debilidad que no logró articular palabra.

Clotilde me admiró: en estas terribles circunstancias fué tal su entereza y fuerza de voluntad que me asombraron. Ella, siempre extremadamente sensible y delicada, fué valiente hasta el heroísmo. Su virtud fué más fuerte que la prueba. A la mañana siguiente las dos oímos Misa en la Catedral; ella comulgó con fervor de santa. Dios la ayuda. El martes asistimos á los funerales que mandamos celebrar por el eterno descanso del alma de Enrique. Será enterrado provisionalmente en el cementerio de Mans. Más adelante, cuando será posible, los restos mortales del hermano y de la hermana serán trasladados á San A..., donde descansarán cabe los de sus padres.

(Continuará).